

1

Mansión Pleinsworth
Londres
Primavera de 1825

El libro que su hermana había leído dos docenas de veces rezaba: «Es una verdad universalmente aceptada que todo hombre soltero en posesión de una gran fortuna debe querer esposa».

Sir Richard Kenworthy no poseía ninguna fortuna, pero era soltero. En cuanto al asunto de la esposa...

Bueno, era un tema peliagudo.

«Querer» no era la palabra adecuada. ¿Quién podía querer una esposa? Suponía que los hombres enamorados, pero él no estaba enamorado, nunca lo había estado y no tenía previsto enamorarse en un futuro próximo.

Tampoco es que fuera del todo contrario al amor. Sencillamente, no tenía tiempo para esas cosas.

Pero la esposa...

Se revolvió incómodo en la silla y leyó el programa que tenía en la mano.

«Sea usted bienvenido al decimonoveno concierto de la familia Smythe-Smith, donde podrá disfrutar de la actuación de un cualificado cuarteto compuesto por violín, violín, chelo y pianoforte».

Tenía un mal presentimiento.

—Ya te lo he dicho antes, pero te agradezco de nuevo que me acompañes —le dijo Winston Bevelstoke.

Richard miró a su amigo con escepticismo.

—Me has dado las gracias tantas veces que empieza a darme mala espina —le contestó.

—Ya me conoces: tengo unos modales impecables —le recordó Winston encogiéndose de hombros.

Siempre había hecho ese gesto. En realidad, cuando Richard recordaba a su amigo, a menudo lo veía haciendo ese movimiento despreocupado con los hombros.

—A nadie le importa que yo olvide las lecciones de latín. Soy el segundo hijo.

Y se encogía de hombros.

—El bote ya había volcado cuando llegué a la orilla.

Y se encogía de hombros.

—Como siempre, la mejor opción es echarle la culpa a mi hermana.

Y se encogía de hombros. Aunque también esbozaba una sonrisa maliciosa.

Antes, Richard era tan despreocupado como Winston. En realidad, le encantaría volver a serlo.

Pero, como ya se ha mencionado, no tenía tiempo para eso. Disponía de dos semanas. Suponía que quizá pudiera contar con tres. Cuatro era el límite.

—¿Conoces a alguna? —le preguntó a Winston.

—¿A alguna?

Richard levantó el programa.

—Las concertistas.

Winston carraspeó y apartó la mirada con culpabilidad.

—No sé si yo las llamaría concertistas...

Richard observó el escenario que habían instalado en el salón de baile de Pleinsworth.

—¿Las conoces? —repitió—. ¿Te las han presentado?

Siempre aceptaba de buen grado los habituales comentarios crípticos de su amigo, pero esa noche estaba allí por un motivo.

—¿A las chicas Smythe-Smith? —Winston se encogió de hombros—. Las conozco a casi todas. A ver, ¿quién toca este año? —Miró

el programa—. Tenemos a Lady Sarah Prentice al pianoforte; qué raro, está casada.

Maldición.

—Normalmente sólo tocan las solteras —le explicó Winston—. Las exhiben cada año en esta actuación. Y cuando se casan, ya pueden retirarse.

Richard ya lo sabía. En realidad, ese era el principal motivo por el que había accedido a asistir. Aunque tampoco le habría sorprendido a nadie. Cuando un caballero soltero de veintisiete años reaparecía en Londres después de haberse ausentado durante tres años... No hacía falta ser ninguna alcahueta para saber lo que significaba.

Pero no esperaba tener tanta prisa.

Frunció el ceño y clavó los ojos en el pianoforte. Parecía bueno. Caro. Era mucho más bonito que el que tenía él en Maycliffe Park.

—¿Quién más? —murmuró Winston leyendo la elegante caligrafía del programa—. La señorita Daisy Smythe-Smith al violín. Oh, sí, la conozco. Es espantosa.

Doble maldición.

—¿Qué le pasa? —preguntó Richard.

—No tiene sentido del humor. Cosa que no tendría por qué ser tan mala, tampoco se puede decir que todo el mundo sea la alegría de la huerta. El problema es que en ella es demasiado evidente.

—¿Y por qué es tan obvio?

—No tengo ni idea —admitió Winston—. Pero es así. Aunque es muy guapa. Una rubia de rizos cimbreantes y todo eso.

Hizo un gesto rubio y cimbreante con la mano pegada a la oreja, y Richard se preguntó cómo podía ser que su ademán fuera tan contrario de lo que representaría cualquier mujer morena.

—Lady Harriet Pleinsworth, también al violín —prosiguió Winston—. Me parece que no la conozco. Debe de ser la hermana pequeña de lady Sarah. Recién salida del colegio, si no me falla la memoria. No puede tener más de dieciséis años.

Triple maldición. Quizá fuera mejor que se marchara.

—Y al chelo... —Winston deslizó los dedos por la gruesa cartulina

del programa hasta que encontró el nombre que buscaba—. La señorita Iris Smythe-Smith.

—¿Qué tiene de malo ésta? —preguntó Richard.

Porque parecía improbable que no hubiera nada que decir.

Winston se encogió de hombros.

—Nada. Que yo sepa.

Cosa que probablemente significara que en su tiempo libre cantaba a la tirolesa. Siempre que no estuviera practicando la taxidermia.

Con cocodrilos.

Antes Richard era un tipo con suerte. De verdad.

—Es muy pálida —dijo Winston.

Miró a su amigo.

—¿Y eso es malo?

—Claro que no. Es sólo que... —Winston guardó silencio y frunció el ceño concentrado—. Bueno, para ser sincero, eso es lo único que recuerdo de ella.

Richard asintió despacio y posó los ojos sobre el chelo que aguardaba apoyado en su pie. También parecía caro, aunque tampoco es que él supiera nada sobre violonchelos.

—¿A qué viene tanta curiosidad? —le preguntó Winston—. Ya sé que estás impaciente por casarte, pero estoy convencido de que puedes apuntar más alto.

Eso quizá hubiera sido verdad dos semanas atrás.

—Además, tú necesitas alguien con dote, ¿no?

—Todos necesitamos una mujer con dote —contestó Richard con seriedad.

—Muy cierto. —Winston era el hijo del conde de Rudland, pero era el segundo hijo. No iba a heredar una fortuna espectacular. Y menos teniendo un hermano mayor en plena forma con dos hijos—. Es muy probable que la hija de los Pleinsworth tenga diez mil —comentó evaluando el programa con los ojos—. Pero como ya he dicho, es muy joven.

Richard esbozó una mueca. Hasta él tenía límites.

—Las que tienen nombre de flor...

—¿Nombre de flor? —le interrumpió Richard.

—Iris y Daisy —le explicó Winston—. Sus hermanas se llaman Rose y Marigold, y no recuerdo qué más. ¿Tulip? ¿Bluebell? Espero que no se llame Chrysanthemum, la pobre.*

—Mi hermana se llama Fleur.

Richard se sintió obligado a mencionarlo.

—Y es una chica encantadora —respondió Winston a pesar de no conocerla.

—Ibas a decirme algo —le apuntó Richard.

—¿Ah, sí? Oh, sí, es verdad. Las chicas con nombre de flor. No estoy seguro de sus dotes, pero no pueden ser muy cuantiosas. Me parece que la familia tiene cinco hijas. —Winston hizo una mueca con los labios mientras pensaba en ello—. Puede que alguna más.

Richard se planteó con esperanza que eso no tenía por qué significar necesariamente que las dotes fueran bajas. No sabía mucho sobre esa parte de la familia Smythe-Smith. A decir verdad, no sabía nada sobre esa familia, salvo que una vez al año se reunían todos, elegían a cuatro intérpretes de entre sus miembros, y celebraban un concierto al que la mayoría de sus amigos eran reacios a asistir.

—Toma —espetó Winston de repente ofreciéndole dos tapones de algodón—. Me lo agradecerás.

Richard se lo quedó mirando como si se hubiera vuelto loco.

—Para las orejas —le aclaró Winston—. Confía en mí.

—«Confía en mí» —repitió Richard—. Viniendo de ti, esas palabras me dan escalofríos.

—Te aseguro que no estoy exagerando —afirmó su amigo metiéndose el algodón en las orejas.

Miró a su alrededor con discreción. Winston no se esforzaba en

* Las hermanas Smythe-Smith tienen todas nombre de flor, empezando por la protagonista, Iris, cuyo nombre significa «lirio», y sus hermanas Daisy (margarita), Rose (rosa) y Marigold (caléndula). Luego Winston trata de adivinar el nombre de la quinta hermana: Tulip (tulipán), Bluebell (campanilla) y Chrysanthemum (crisantemo). (*N. d el T.*)

ocultar lo que hacía, pero él estaba convencido de que taparse las orejas en un concierto era de mala educación. Sin embargo, no parecía que hubiera muchas personas que se estuvieran dando cuenta y, los que lo advertían, ponían cara de envidia, y no de censura.

Richard se encogió de hombros y siguió el ejemplo de su amigo.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Winston inclinándose para que pudiera escucharlo a través de los tapones—. No sé si habría sido capaz de soportarlo sin refuerzos.

—¿Refuerzos?

—La afligida compañía de los solteros atormentados —bromeó Winston.

¿«La afligida compañía de los solteros atormentados»? Richard puso los ojos en blanco.

—Espero que no pretendas hablar con coherencia estando borracho.

—Oh, muy pronto podrás gozar de ese placer —contestó Winston sirviéndose del dedo índice para abrir el bolsillo de su abrigo y dejarle entrever una pequeña petaca de metal.

Richard abrió los ojos como platos. No era ningún mojigato, pero ni siquiera a él se le ocurriría beber en un concierto interpretado por chicas adolescentes.

Entonces empezó la actuación.

Un minuto después, Richard ya estaba reajustando el algodón que se había metido en las orejas. Al final del primer movimiento, sentía el doloroso latido de una vena en la frente. Pero cuando llegó el largo solo de violín, comprendió la verdadera gravedad de la situación.

—La petaca —suplicó jadeante.

Para su sorpresa, Winston ni siquiera sonrió.

Richard dio un buen trago de lo que resultó ser vino caliente con especias, pero la bebida no ayudó mucho a apaciguar el dolor.

—¿Podemos marcharnos en el entreacto? —le susurró a Winston.

—No hay entreacto.

Richard miró el programa horrorizado. Él no era músico, pero estaba convencido de que los Smythe-Smith tenían que ser conscien-

tes de que lo que estaban haciendo... Que eso a lo que llamaban concierto...

Era un ataque a la dignidad del ser humano.

Según el programa, las cuatro señoritas que había sobre el improvisado escenario estaban tocando un concierto de piano de Wolfgang Amadeus Mozart. Y Richard siempre había pensado que en un concierto de piano debería de haber alguien que tocara el piano. Sin embargo, la señorita sentada ante el elegante instrumento, sólo tocaba la mitad de las notas necesarias, si llegaba. Desde donde estaba sentado no podía verle bien la cara, pero por su forma de encorvarse sobre las teclas, parecía una instrumentista muy concentrada.

Aunque no muy habilidosa.

—Esa es la que no tiene sentido del humor —le recordó Winston haciendo un gesto con la cabeza en dirección a una de las dos violinistas.

Ah, la señorita Daisy. La rubia de los rizos cimbreantes. Era evidente que, de todas las intérpretes, ella era la que mejor opinión tenía de sí misma como músico. Mientras su arco volaba sobre las cuerdas, ella se agitaba y se balanceaba como si fuera una gran virtuosa. Sus movimientos eran casi hipnóticos, y Richard imaginó que un hombre sordo habría afirmado que esa chica tenía un don para interpretar música.

Cuando, en realidad, tenía el don de la estridencia.

En cuanto a la otra violinista... ¿Era el único en toda la sala que se había dado cuenta de que esa chica era incapaz de interpretar una partitura musical? Miraba a todas partes menos a su atril, y no había pasado ni una sola página desde que había empezado el concierto. Llevaba todo el tiempo mordiéndose el labio, lanzándole miradas histéricas a la señorita Daisy y tratando de imitar sus movimientos.

Ya sólo quedaba la violonchelista. Observó cómo deslizaba el arco sobre las largas cuerdas de su instrumento. Resultaba muy difícil discernir las notas de su chelo por debajo de los sonidos frenéticos que producían las dos violinistas, pero de vez en cuando alguna nota triste escapaba a toda aquella locura, y Richard no podía evitar pensar...

«Es bastante buena».

En seguida se dio cuenta de que estaba fascinado por aquella mujer

menuda que trataba de esconderse detrás de un chelo enorme. Por lo menos ella era consciente de lo malísimas que eran. Su sufrimiento era intenso, palpable. Cada vez que hacía una pausa entre nota y nota, parecía meterse para adentro, como si pudiera reducirse hasta la nada y desaparecer con un ¡pop!

Se trataba de la señorita Iris Smythe-Smith, una de las chicas con nombre de flor. Parecía increíble que estuviera emparentada con la feliz inconsciencia de Daisy, que seguía retorciéndose con su violín.

Iris. Era un nombre raro para una chica tan delgada. A él los lirios siempre le habían parecido las flores más brillantes de todas, le encantaban todos esos tonos de violeta y azul tan intensos. Pero esa chica era tan pálida que tenía la piel prácticamente incolora. Tenía el pelo de un tono demasiado rojo para poder describirla como rubia y, sin embargo, tampoco se podía decir que fuera pelirroja. No alcanzaba a verle los ojos desde donde estaba sentado, pero teniendo en cuenta el resto de los tonos de su cuerpo, sólo podían ser claros.

Era la clase de chica en la que no se fijaría nadie.

Y, sin embargo, Richard no podía quitarle los ojos de encima.

Se dijo que se debía al concierto. ¿Adónde iba a mirar?

Además, le relajaba mantener la vista concentrada en un punto fijo. La música era tan discordante que se mareaba cada vez que apartaba la mirada.

Casi se le escapa la risa. La señorita Iris Smythe-Smith, la del reluciente pelo pálido y ese chelo demasiado grande para ella, se había convertido en su salvadora.

Sir Richard Kenworthy no creía en las señales, pero estaba dispuesto a aceptar esa.

¿*P*or qué ese hombre la estaría mirando tan fijamente?

El concierto ya era suficiente tortura; Iris ya debía de saberlo. Aquella era la tercera vez que la subían al escenario y la obligaban a hacer el ridículo delante de una cuidadosa selección de integrantes de la élite londinense. El público de los Smythe-Smith siempre reunía a una mez-

cla de personas interesante. Primero estaba la familia, aunque, para ser justos, había que dividirlos en dos grupos diferentes: las madres y todos los demás.

Las madres miraban al escenario con sonrisas beatíficas, convencidas de que el despliegue del exquisito talento musical de sus hijas las convertía en la envidia de sus iguales.

—Lo habéis bordado —la animaba su madre año tras año—. Muy equilibrado.

«Estás ciega», era la muda respuesta de Iris. «Y sorda».

En cuanto al resto de los Smythe-Smith —los hombres, por lo general, y muchas de las mujeres que ya habían pagado sus deudas en el altar de la ineptitud musical—, apretaban los dientes, y se esforzaban por ocupar las sillas hasta cerrar aquel círculo de humillación.

Sin embargo, la familia era muy fecunda, e Iris rezaba por que llegara el día en que alcanzarían un número tal que las madres ya no podrían invitar a personas que no fueran de la familia.

Se imaginaba diciéndole a todo el mundo que ya no quedaban plazas. Por desgracia, también imaginaba a su madre pidiéndole al hombre de confianza de su padre que averiguara si podían alquilar un auditorio.

En cuanto al resto de los asistentes, algunos de ellos acudían cada año. Iris sospechaba que muchos lo hacían sólo por compromiso. También estaba convencida de que había quienes sólo iban para reírse. Y por último, estaban los pobres inconscientes, los que, evidentemente, vivían debajo de las rocas. En el fondo del océano.

En otro planeta.

Iris no comprendía que no hubieran oído hablar del concierto de las Smythe-Smith o, para ser más exactos, que nadie les hubiera advertido. Pero cada año veía alguna triste cara nueva.

Como aquel hombre de la quinta fila. ¿Por qué la miraba fijamente?

Estaba bastante segura de que no lo había visto nunca. Era moreno y tenía la clase de pelo que se rizaba con la humedad, y su rostro reflejaba una elegancia delicada que resultaba bastante agradable. Pensó que era guapo, aunque tampoco demasiado.

Era probable que no tuviera ningún título. La madre de Iris había

sido muy meticulosa con la educación social de sus hijas. Costaba imaginar que existiera algún noble soltero menor de treinta años al que Iris y sus hermanas no reconocieran nada más verlo.

Quizá fuera un *baronet*. O un caballero con tierras. Debía de estar bien relacionado, porque advirtió que iba acompañado del hijo pequeño del conde de Rudland. Habían coincidido en varias ocasiones, aunque eso sólo significaba que el honorable señor Bevelstoke podía sacarla a bailar si le apetecía.

Cosa que no era así.

A Iris no le ofendía o, por lo menos, no mucho. Ella no solía bailar más de la mitad de los bailes de cualquier fiesta, y le gustaba tener la ocasión de observar a la alta sociedad en plena efervescencia. A menudo se preguntaba si las estrellas de la nobleza advertirían realmente lo que ocurría a su alrededor. Cuando uno estaba siempre en el ojo del huracán, ¿podría sentir la caricia de la lluvia o el mordisco del viento?

Puede que ella fuera la chica fea del baile. No se avergonzaba de ello. En especial porque disfrutaba siendo la fea del baile. Algunas de las...

—Iris —siseó alguien.

Era su prima Sarah, que la llamaba inclinándose sobre el pianoforte con expresión angustiada.

Vaya, estaba distraída y había olvidado su entrada.

—Lo siento —murmuró Iris por lo bajo aunque nadie pudiera escucharla.

Ella nunca olvidaba sus entradas. Iris ya sabía que el resto de las intérpretes eran tan malas que, en realidad, no importaba si entraba a tiempo o no, pero le daba igual, era una cuestión de principios.

Alguien tenía que intentar tocar bien.

Se concentró en su chelo durante las siguientes páginas de la partitura, y se esforzó por ignorar a Daisy, que no dejaba de pasearse por todo el escenario con su violín. Sin embargo, cuando Iris alcanzó la siguiente y esperada pausa en la parte del chelo, no pudo evitar levantar la cabeza.

Él seguía mirándola.

¿Es que tenía algo en el vestido? ¿O en el pelo? Levantó la mano y se la llevó al peinado por impulso suponiendo que tropezaría con alguna ramita.

Pero no tenía nada en la cabeza.

Ahora sólo estaba enfadada. Estaba intentando ponerla nerviosa. Esa era la única explicación posible. Menudo palurdo maleducado. Además de idiota. ¿De verdad creía que podría irritarla más que su propia hermana? Haría falta un minotauro tocando el acordeón para superar a Daisy.

—¡Iris! —siseó Sarah.

—Arrrrgh —gruñó Iris.

Se le había vuelto a pasar la entrada. Aunque ¿quién era Sarah para quejarse? Ella se había saltado dos páginas enteras del segundo movimiento.

Iris localizó el punto correcto en la partitura y se reenganchó aliviada de advertir que estaban llegando al final del concierto. Lo único que tenía que hacer era tocar las notas finales, hacer una reverencia como si le importara e intentar sonreír mientras durara el aplauso forzado.

Luego podría aparentar que le dolía la cabeza, marcharse a casa, leer un libro e ignorar a Daisy y fingir que no tendría que volver a hacerlo el año próximo.

A menos, claro está, que se casara.

Era la única escapatoria. Toda soltera de la familia Smythe-Smith estaba obligada a incorporarse al cuarteto en cuanto quedaba libre una plaza del instrumento que supiera tocar, y seguiría formando parte de él hasta que recorriera el pasillo de una iglesia y se desposara.

Sólo tenía una prima que había conseguido casarse antes de verse obligada a subir al escenario. Fue una confluencia espectacular de suerte e ingenio. Frederica Smythe-Smith, ahora Frederica Plum, había aprendido a tocar el violín, igual que su hermana mayor Eleanor.

Pero Eleanor no había ennoviado, como decía la madre de Iris. En realidad, lo de Eleanor fue todo un récord: estuvo tocando en el cuarteto durante siete años hasta que se volvió loca por un bondadoso coadjutor, que tuvo la increíble sensatez de amarla con la misma intensidad.

Iris sentía bastante afecto por Eleanor, incluso aunque se considerara una instrumentista consumada. Cosa que no era.

En cuanto a Frederica... La falta de éxito de Eleanor en el mercado del matrimonio significó que, cuando su hermana pequeña alcanzó la mayoría de edad, la silla de violinista seguía ocupada. Y si Frederica había conseguido encontrar marido con tanta rapidez...

Era toda una leyenda. Por lo menos para Iris.

Ahora Frederica vivía en el sur de la India, cosa que Iris sospechaba estaría relacionada con su huida orquestal. Hacía años que no la veía ningún miembro de la familia, aunque, de vez en cuando, alguna de sus cartas conseguía llegar a Londres, con noticias sobre calor, especias y algún elefante ocasional.

Iris odiaba los climas cálidos y no le gustaba mucho la comida picante, pero cuando se sentaba en el salón de baile de su primo e intentaba fingir que no estaba haciendo el ridículo delante de cincuenta personas, no podía evitar pensar que la India le parecía bastante agradable.

Nunca se había pronunciado sobre los elefantes.

Quizá encontrara marido aquel año. A decir verdad, tampoco se había esforzado mucho durante los dos años que llevaba en sociedad. Pero era muy complicado esforzarse cuando era —y eso era innegable— una chica que pasaba tan desapercibida.

Excepto —levantó la mirada y luego bajó la vista inmediatamente— por ese hombre tan extraño de la quinta fila. ¿Por qué la estaba mirando?

No tenía sentido. Iris odiaba —más aún de lo que odiaba ponerse en ridículo— las cosas que no tenían sentido.